Una reformulación de los principios del pensamiento político conservador

Dra. Soledad Escalante Beltrán

Universidad Antonio Ruiz de Montoya

Resumen:

El pensamiento conservador ha sido asociado históricamente con elementos dignos de ser debatidos, especialmente, aquellos que orbitan el esquema del colonialismo, tales como el esclavismo, racismo, explotación y depredación ambiental. Al reformular el contenido de los principios que refleja el pensamiento conservador, luego podemos mantener la forma de preservar las estructuras establecidas, no sin antes hacer una reflexión crítica del contenido de lo que se busca conservar. En ese sentido, buscamos abrir líneas posibles de reflexión que conlleven a una reformulación de los contenidos del pensamiento conservador.

1. Una interpretación crítica del pensamiento conservador

El pensamiento conservador se ha asociado a una serie de elementos culturales y sociales negativos para la libertad, igualdad y justicia de los individuos. Nosotros juzgamos que las razones para ello no son escazas, sin embargo, hay cierto aspecto que podemos rescatar de un pensamiento que busca rescatar una tradición que regula cierto orden social necesario. Mediante una revisión crítica, es posible reformular los principios que rigen aquella postura estimable de perduración, en un beneficio social homogéneo e inclusivo. Para derivar los principios de esta estructura discursiva social, podemos atender a la incipiente historia republicana de nuestro continente.

Nos podemos situar en los eventos desarrollados a fines del siglo XIX en Latinoamérica con el fin de plantear un contraste entre el pensamiento conservador y el liberal. Dado el antecedente antimonárquico de la revolución francesa, e invadida España por un rey ajeno, las colonias empezaron a agitarse. Hecha la revolución, declarada la independencia y reconocida la soberanía de las naciones americanas, la realidad política se vio envuelta en una transición que suponía avanzar a oscuras, puesto que los modos autóctonos habían quedado muy atrás y la estructura virreinal había calado profundamente en las prácticas sociales, por lo que el proceso de aprender a autogobernarse supuso una incertidumbre inicial respecto a qué elementos preservar y cuáles innovar. Con la independencia se buscaba una libertad para autodeterminarse, pero, inevitablemente algunas formas de orden social, relaciones y paradigmas de poder habrían de conservarse hasta el punto de la naturalización de algunas instituciones.

En los primeros años de las repúblicas americanas hubo de discutirse acerca de la aproximación al desenvolvimiento político de las nuevas sociedades. Aquellos que preferían preservar las formas tradicionales, especialmente las religiosas, son los referidos como conservadores. El término fue usado originalmente por Chateaubriand para referirse a los que se oponían a los principios de la revolución francesa. El concepto, en las discusiones políticas americanas supone un panorama distinto, debido a que expone otros conflictos relacionados al colonialismo.

En un sentido económico, el pensamiento conservador defiende la protección de un estado a los intereses económicos locales, y, de este modo, contrasta con la postura del libre mercado que pretende un cambio libre y sin imposiciones, así como la facultad para determinar los términos de intercambio de la arquitectura económica. De todos los frentes, acaso sea el económico, el que muestre mayor territorio cedido por parte del pensamiento conservador, puesto que el capitalismo de libre mercado se ha sobrepuesto por encima del concepto económico del socialismo y el comunismo. (Nos referimos exclusivamente al aspecto económico, en este caso, debido a que, en el rubro social, en los ejemplos históricos, es inviable hablar de liberalismo).

Tradicionalmente, el pensamiento conservador ha fomentado el desarrollo local sin intervención extranjera que le coercione, prefiriendo, de este modo, que su gobierno practique una protección a sus intereses, y es en ese horizonte, que este aspecto económico conservador representa un paralelo al sentido social de familia y religión. Las relaciones que los individuos construyen en una matriz social en donde el estado, la religión y la familia ofrecen ejes de inflexión para la realización, deriva en un fuerte nacionalismo.

El pensamiento conservador, así, acrítico de ciertas realidades sociales, busca preservar estos elementos que constituyen la causa de la generación de individuos que se estiman y juzgan en virtud de la normatividad misma de un sistema que regulariza las estructuras políticas establecidas. Existe como un gran círculo en donde el individuo es formado por ciertos criterios y se espera que repita las formulaciones heredadas, para reproducir los mismos esquemas de interrelaciones sociales, inculcados por una religión que justifica lo dado. En la práctica, es notable la presencia de la discordia, la irrupción, las revoluciones y una lucha constante contra lo establecido por cuanto se reconoce como injusto.

Si lo consideramos bajo un lente epistemológico, podríamos decir que el conservadurismo se opone a la esencia de la ilustración, por cuanto ésta última resalta el papel de la luminosa razón autodeterminante, mientras que lo contrario supone aceptar sin críticas lo dado y someterse incuestionablemente. Si nos preguntamos por la razón de la falta de un cambio, podemos atender a un aspecto psicológico, y es que, por todos parecer ser acordado que lo estable, determinado, predecible y ordenado parece ser preferible a lo inestable, lo incierto, lo impredecible y lo caótico. Acaso de ahí derive el miedo a lo nuevo que representa el pensamiento conservador.

En la línea de lo planteado por Burke, el pensamiento conservador es fundamentalmente una reacción en contra de la revolución y con ello se opone a los cambios drásticos en las formas sociopolíticas, por el contrario, buscan preservar lo establecido y el orden de las normas sociales, con su respectiva prioridad piramidal de agentes sociales. El conservadurismo favorece al peso de la tradición, es decir, al uso habitual de las instituciones coloniales en su despliegue social, religioso y económico. En este sentido, el pensamiento conservador se opone a los cambios radicales, a nuevas estructuras y, en suma, a cambiar lo establecido.

Socialmente, los conservadores defienden los patrones establecidos por la Iglesia Católica, y de ahí que originalmente hayan defendido ideas de la monarquía. De modo tradicional, han defendido la esencia de la estructura colonialista, por la naturaleza de la posición social que ostentaban los partidarios conservadores: esclavistas, terratenientes, militares, burócratas y clérigos. Por ello, defienden la autoridad de una ley, que refleja cierto orden y mandato divino.

Actualmente, el pensamiento conservador representa un perfil que ha evolucionado. Podemos pensar en la política norteamericana para plantear una reducción y poner en paralelo a republicanos y demócratas con las ideas respectivas de conservadurismo y liberalismo. En general, podríamos apuntar que el pensamiento conservador contemporáneo se ha alineado a una extrema derecha y se ha opuesto a un liberalismo radical, tanto como al socialismo.

1. El devenir histórico como producto del conflicto: una sociedad dinámica.

La sociedad colonial ha quedado atrás y hoy vivimos, regularmente, en democracias. Las sociedades son dinámicas y necesitan adaptarse. La religión ha podido mutar para encajar en otra estructura que la monárquica, del mismo modo lo económico en relación al libre mercado ¿Qué sucede con lo social?

El pensamiento conservador siempre busca preservar lo tradicional para evitar la angustia de la incertidumbre del cambio, puesto que se prefiere la estabilidad y predictibilidad. El devenir histórico, sin embargo, es producto del conflicto y la constante tensión entre diversas polaridades, como, por ejemplo, las ideas detrás de lo que se refiere como el partido de los liberales y conservadores, que en su relación simbiótica suponen la manifestación de la práctica política.

Notemos que querer preservar ciertos valores que estimamos como adecuados puede ser algo positivo; el problema puede ser *qué* valores son y a quiénes favorece. En este sentido, sería posible reconfigurar nuestros horizontes de prioridades sociales para buscar conservar una práctica política distinta, alejada del colonialismo. Es decir, podríamos estar de acuerdo en conservar lo establecido, siempre y cuando lo orgánico de la sociedad no se base en criterios de exclusión y beneficios parcializados inequitativos.

En este sentido, repensar el pensamiento político conservador supone que debemos afrentar a la esencia misma de su significado, para reemplazar el núcleo de su sentido, puesto que buscamos rescatar el afán de orgullosamente defender cierta conducta moral por encima de otras, pero siempre y cuando ésta admita un máximo de justicia, libertad y posibilidades de desarrollo para la plenitud del individuo.

En este sentido, podemos aislar el elemento de la forma del pensamiento conservador, pero alterando el contenido de lo que se busca defender. Esto es lícito debido a que la naturaleza de la sociedad humana implica el dinamismo y la transformación constante. La dinámica de poder se ha visto históricamente re-interpretada para ajustarse a nuevos balances. Ello no supone ninguna anomalía, sino que constituye la esencia misma del progreso histórico de las sociedades. En el mecanismo de generar una nueva y mejorada realidad, puede plantearse como una necesidad, el apuntar siempre al bienestar mayor a la mayor cantidad posible de individuos. Si un sistema tal se establece en la práctica, luego con gusto podremos abocarnos a preservar dicho nuevo orden; pero la tarea actual se encuentra muy atrasada, en cuanto la injusticia reina en el horizonte de una institucionalidad corrupta. ¿Cómo reformular el pensamiento conservador?

1. Una reformulación del pensamiento político conservador

Para establecer nuevas perspectivas políticas, sea en defensa de un partido u otro, lo fundamental es aproximarse con la capacidad crítica que nos refleja como sujetos racionales libres en contextos de pluridiversidad. En ese sentido, podemos plantear estoicamente que el conflicto es inevitable en las sociedades dinámicas y que lo conservado va a tener que perfeccionarse. Ello conlleva a una necesaria reformulación del contenido material de lo conservador, en los diversos sentidos que implica.

¿Cuáles son los criterios que deberían guiar el desarrollo de las sociedades? Esta discusión puede ser interminable, pero coincidamos con John Rawls, quien plantea que el máximo estándar de una sociedad es el despliegue de una justicia plena y equitativa. Añadamos que el papel de las libertades y la igualdad social, es uno que articula el papel de la justicia en las sociedades democráticas con aspiraciones liberales de equidad.

Debemos estar de acuerdo, del mismo modo, en que los totalitarismos absolutistas esquilman la diferencia, exterminando lo negado que no se incorpora a la homogeneidad. Regímenes así no se pueden sostener como preservables, reproducibles ni viables.

Por el contrario, los procesos de globalización nos han inclinado hacia la tolerancia en un contexto cultural, religioso, social y político, abundantemente variado y en algunos casos contrastado. En ese sentido, es fundamental el papel del reconocimiento del otro al considerar las bases morales estructurales que deberían primar en las relaciones de los individuos en una sociedad, sin embargo, la práctica demuestra lo contrario al manifestar relaciones de poder de sometimiento, donde no existe dicha igualdad, específicamente en lo que refiere a la menguada libertad económica, es decir, a la opresión de oportunidades por medio de la carencia de recursos. Ello se refleja en una justicia comprada, que deja de ser justa, y ello, aunque no sea feliz decirlo, parece haber sido la norma institucional de Latinoamérica.

La falta de reconocimiento del valor real del individuo se ve entrelazado con una perversión de los valores culturales, en donde, se asemeja el ideal del éxito con la acumulación y ostentación de riquezas. En el mismo esquema se presupone la explotación del imperialismo y el capitalismo, en el camino se depredan los recursos naturales y, en suma, lo humano se cosifica instrumentalmente para concluir deshumanizado. La violencia respalda dicha irracionalidad.

Sin reconocer la dignidad de la diferencia, considerando lo humano, al margen de sexo, raza, religión o cualquier distinción accidental, luego se hace imposible alcanzar una sociedad que redistribuya el bienestar, defienda la libertad ni ampare imparcialmente un ideal de justicia institucional. Al omitir lo humano del individuo, se incurre en una grave falta a su existencia y no poder reconocer este estado, es quitarle la etiqueta de persona.

Repensar el contenido de lo conservador pasa por solventar dichos abismos sociales que se derivan de la falta de reconocimiento y de la defensa adecuada de valores como los de la justicia y la libertad, que permiten, precisamente, en la tolerancia religiosa y política, un despliegue saludable de lo familiar.